

**SUSCRICION:**  
 En la capital. . . . . 4.50 pias. trimestre  
 Fuera de la capital. . . . . 5 id. id.  
 Ultramar en oro. . . . . 18 id. semestre  
 id. un año en oro. . . . . 25 id. id.  
 Extrangero. . . . . 7.50 id. trimestre

Todo pago se entiende por adelantado.  
 Redaccion y Administracion, calle del Progreso,  
 núm. 4, 3.º 1.ª

# LA LUCHA

**ANUNCIOS:**  
 En la 4.ª página, una peseta la línea.—En la  
 2.ª, 75 céntos.—En la 3.ª, 50 céntos.—En la 4.ª, 25  
 céntimos y á los suscritores 42.—Anuncios mor-  
 tuorios en la 4.ª página, desde 5 pias. 20 ¢ en la  
 en adelante, y además 10 céntos de pla. de recar-  
 go que dispone la ley, por la insercion de cada a-  
 nuncio.—Comunicados y remitidos de 1.50 ¢  
 5 pesetas la línea á juicio de la Administracion.  
 Corresponsal en Paris para anuncios y recu-  
 mos, A. LORETTE, 64, rue Caumartin.

**AÑO XXVII**

Se publica todos los días, excepto  
 los siguientes á festivos.

**GERONA, miércoles 20 de Enero de 1897**

**NUMEROS SUELTOS**  
 25 céntos.

**N.º 6.073**

## DE ULTRAMAR

Refiriéndose á uno de los modestos trabajos que publica LA LUCHA, nos decía antes de ayer un antiguo y buen amigo, que sentía vernos tan partidarios del general Weyler siendo así que tanto habíamos defendido la gestión del general Martínez Campos, y aunque la carta es puramente confidencial, queremos exteriorizar ese concepto por si acaso hay alguien más que confuado los términos como el amigo de referencia.

Hemos, antes de la contestación, de manifestar que no hemos tratado nunca al señor Martínez Campos ni escrito en la vida, y solamente lo conocemos del tiempo en que estuvo, siendo brigadier, al frente de este gobierno y comandancia militar, y que jamás hemos alternado con el señor Weyler á quien solamente vimos el día que estuvo en Gerona con objeto de asistir á la inauguración de la estatua del ilustre defensor de Gerona general Alvarez, y queremos hacer constar esto, para que sepan los que todo lo miran por el prisma de la ruindad, que en esta Redaccion ni fuera de ella no hay quien haya necesitado en tiempo alguno el más mínimo favor de esos dos defensores de la patria.

Como nosotros andamos muy fríos de pasiones políticas que no proporcionan más que requemazones de sangre, desengaños y enemistades y en cambio ridiculizan y desacreditan al que tiene la desgracia de poseerlas y rendirles culto, hemos prescindido siempre de las miserias de campañario para ver en la cuestión actual que se ventila en Cuba, un asunto de suma gravedad para la patria, y como para los que redactamos este periódico no hay más que la patria después de Dios, todo lo que pueda ir en su menzuga, todo los posponemos y todo lo sacrificamos.

La opinión general de España y hasta la del extranjero, pidió á voz en grito y unánimemente, que fuera á Cuba Martínez Campos porque era el único general que terminaría con la insurrección, y allá fué Martínez Campos sin chistar, con el deseo de implantar unos procedimientos político militares que acabaran con lo que, moral, económica y físicamente tanto nos perjudica. No sabemos si se equivocó ó nó; ignoramos si, á continuar allí, á estas horas hubiera acabado aquella indignidad, ya que mucho quiere decir la carta de Máximo Gómez publicada por algunos periódicos al entonces Capitán general de la gran Antilla; pero partiendo de los hechos consumados, el general se equivocó, los enemigos de España invadieron las provincias de Matanzas y Pinar del Río, cosa que á proponérsele hubieran verificado con otro general cualquiera según se ha demostrado en las trochas no hace muchas semanas, y por aquel suceso, los que más influyeron para que fuera Martínez Campos á mandar aquel ejército, haciendo coro á la detestable política de venganzas de los adversarios de la monarquía que no pueden tragar ni en píldoras al general, comenzaron una campaña inicua, gritaron si tenían de qué, maltrataron á Martínez Campos como si no fuera un verdadero prestigio y un militar valiente hasta la temeridad y honrado hasta el exceso, y sin tener en cuenta que ejercía mando en frente del enemigo y que de su desprestigio depender podía el desprestigio de la patria, no hubo consideración que detuviera la empresa de descrédito ni se perdonó mérito para hacer que el gobierno lo releva-  
 ra.

¿Qué hicimos nosotros en nuestra modestísima esfera? Lamentar un procedimiento tan antipatriótico, condenar el em-

peño de echar á tierra una historia militar enviable, una honra inmaculada y un valor probado y justificado á quien la suerte no ha favorecido solamente en esa ocasión. Porque al llegar se verificó la invasión aquella ¿debió matarse moralmente á Martínez Campos, incapacitarlo y llevarlo á la fosa terrible del descrédito y de la ingratitud? Nó quisimos contribuir á ello y cumplimos con nuestro deber de españoles entusiastas y leales y enemigos de tácticas miserables que solo pueden proporcionar una pobre satisfacción al que las dá oídos, á cambio de graves males para los intereses nacionales.

Se vino Martínez Campos, y de nuevo se oyó el clamoreo general iniciado por los periódicos de mayor circulación en Madrid y por los mismos enemigos de las vigentes instituciones: el deseo era universal; la petición unánime; la confianza en Weyler absoluta. Para los exajerados, para los anacoretas del apasionamiento, llegar Weyler, ver y vencer todo iba á ser obra de un momento, y allá fué el nuevo general con todos los prestigios de su antecesor y todas las aclamaciones de los prematuros héroes. Pidió soldados y más soldados; se le mandaron medios y más medios; organizó la isla á su plan y semejanza; construyó una trocha y fortaleció otra; luchó y luchó aquel ejército con las ventajas de siempre; las derrotas de los filibusteros sucedieron á las derrotas y cuando debiera parecer que los iniciadores de la marcha del general estaban satisfechos del sistema de rigor del general Weyler, de su gestión administrativa, de su actividad y de sus medidas, hé aquí que repentinamente levántase en lontananza la negrura de una oposición tan temeraria como callumiosa, negrura que toma el carácter de nubarrón tormentoso, y cuando el barómetro popular señalaba buen tiempo y todo parecía sonreír, principian á caer sobre la honra del general Weyler suposiciones en nuestro concepto gratuitas, acusaciones terribles de esas que solo puede formar en los antros de la tenebrosidad la pasión más asquerosa, y ahí tenemos al general en jefe del ejército de Cuba con su nombre respetable hecho una pelota rodando por el arroyo, ennegrecido por los primeros que lo aclamaron y ajado y combatido precisamente cuando el aspecto de la guerra es sonriente, cuando el enemigo decae y la paz se dibuja en lontananza como signo de ventura para esta desgraciada nación.

¿Qué conducta ha observado LA LUCHA? La que siguió y seguirá mientras Dios no le quite el juicio. Apoyar al general Weyler por ser aita el genuino representante de este pueblo sin manzalla; porque atacarle frente al enemigo constituye para nosotros un verdadero crimen de lesa nación; porque su honor como general en jefe es el honor de España, y porque de esas algaradas, de esas acusaciones sin pruebas que las justifiquen y sin oportunidad que las abone ni razón que las santifiquen, solo resultan ganando el enemigo de nuestra bandera, los bandidos de la manigua, los asesinos é incendiarios del filibusterismo.

¡Oh! nó, nunca seremos comparsas de esos planes asquerosos; jamás hemos de hacer ni decir nada que pueda ir contra los intereses de nuestro país y la fama de nuestros prestigios aquí en donde apenas nos quedan verdaderos, y si el obrar así no le ha parecido bien al amigo que nos ha obligado á emborronar estos renglones, lo sentimos, pero no podemos opinar de distinta manera á fuer de españoles netos, de políticos sinceros, de amantes del país como quien más y de cultivadores de famas ajenas como amantes del propio decoro.

Nuestro amigo, meditando un poco, es

seguro sentirá como nosotros, porque en estos achaques, como nosotros está montado á la antigua y no estrañará más el procedimiento de LA LUCHA en todo cuanto á las guerras de Cuba y Filipinas se refiera.

### Sobre el estudio de la luz

I

Es seguro que en todo el dominio de la investigación científica, nada hay más abs-  
 curo ni más recóndito, que el estudio de la luz. ¿Cómo vemos el universo de los soles? ¿Porqué maravilloso poder, estos mundos tan distantes se han hecho visibles á nuestros sentidos? Cómo viajan los rayos de luz para que conozcamos su existencia? Estas son algunas de las preguntas que la ciencia se ha hecho á sí misma, y á las cuales no ha habido ninguna respuesta hasta principios del siglo diez y nueve. Indaguemos, aunque sea ligeramente, las tempranas nociones poseídas por la humanidad respecto al origen de su manifestación. Se creyó generalmente entre los griegos, notables por su espíritu de investigación, que la luz se componía de partículas materiales impulsadas por los órganos de la vista para apoderarse de los objetos, y esta opinión quedó suprema en el concepto de la luz que tenían los hombres por muchísimo tiempo. En el siglo diez y siete, Newton ideó una hipótesis según la cual imaginó que la luz se componía de partículas sumamente diminutas arrojadas al aire por cuerpos luminosos y que, al herir nuestra retina, daban lugar al fenómeno. Esta teoría que se conoce por el nombre de la corpuslar, se abandonó hace mucho tiempo por haberse visto insuficiente para explicar hechos reconocidos. Young y Fresnel han probado desde entonces que la luz no es sustancia material, si nó que, así como cuando se dá una campanada la atmósfera vibra y produce el sonido, la luz irradiada de una estrella ó de otro cuerpo luminoso pone al éter en movimiento violento. Esta hipótesis, llamada la ondulatoria, ha sido aceptada hoy por todos los hombres de ciencia y después de considerar los siguientes puntos, el estudiante reconocerá la importancia de la teoría adoptada.

La luz de una estrella, para que llegue á la tierra y sus habitantes, parte del cuerpo luminoso y viaja en un medio llamado éter. Que este éter existe, es evidente, pues si nó es imposible comprender como podría llegar á nosotros un solo rayo de calor ni de luz, aún del mismo sol. Con objeto de explicar la recepción del calor del sol, sólo podemos decir que ha sido conducido por el abismo de separación de 92.700.000 millas; por este medio, y si rechazamos esta hipótesis, habrá que rechazar también el hecho de que el sol calienta la superficie de la tierra. El éter es indispensable para la propagación de la luz y del calor. Hay que notar que es de una composición sumamente ligera, y que se propaga en todo el espacio desde la más remota estrella hasta nuestro planeta.

La luz no viaja en líneas rectas, sino con un movimiento como el de las olas, siguiéndose estas ondas al rededor de su luminoso origen, y volando por el espacio con la incomprendible velocidad de 186.000 millas por segundo. Se creyó antes, que la luz emitida por un cuerno luminoso era instantánea en su paso, pero un joven astrónomo danés llamado Roemer, fué quien primero probó que tarda algún tiempo en atravesar el espacio, observando, como lo hizo los eclipses de las lunas de Júpiter. Los satélites de este inmenso globo han servido como reloj en los cielos, para que el marino pueda guiar su nave en el océano sin límites. Sus movimientos y configuraciones se han estudiado desde su des-

cubrimiento por Galileo. Girando casi en el plano del Ecuador de Júpiter, pasan directamente en frente de su globo y se ven proyectados entonces como puntitos, y siguiendo en su revolución caen en la inmensa sombra que arroja el gigantesco planeta, y producen un verdadero eclipse. Conociéndose con exactitud el tiempo que tarda cada luna en girar al rededor del planeta, resultaba como natural consecuencia que los astrónomos pudiesen predecir el momento en que tendrían lugar estos sus eclipses. Esto lo hicieron efectivamente, pero dejaron de obtener una concordancia exacta entre sus cálculos y los movimientos de los astros. Cuando Júpiter estaba en conjunción con el sol, esto es, cuando más lejos estaba de la tierra, los eclipses tenían lugar después del tiempo prefijado, pero cuando el planeta estaba en oposición, es decir, más cerca de la tierra, entonces ocurrían algunos momentos antes. Había pues una discrepancia considerable entre los cálculos y las observaciones; pero el astrónomo danés explicó el fenómeno, observando el hecho que la luz del satélite eclipsado llegaba á nosotros más tarde cuando Júpiter estaba en conjunción, pues tenía que atravesar una distancia mayor, y antes del tiempo prefijado cuando estaba más cerca de nosotros, por ser menor la distancia. El tiempo le pareció á Roemer ser para ambos períodos de unos 22 minutos para el diámetro completo de las órbitas de las tierra. Las observaciones más exactas hechas desde entonces, han probado que el intervalo es de 19 minutos 22 segundos.

La luz, pues, no tiene un paso instantánea. La que despide el sol ha tardado 8 minutos desde que partió de allí hasta que llega á la tierra, mientras que la de la estrella más cercana fué despedida hace tres años y tres meses. Si el sol fuese repentinamente borrado del universo, tardaríamos ocho minutos en darnos cuenta del hecho, y este modo de calcular se puede aplicar á las estrellas, aquellos soles distantes que se ven esparcidos con profusión en la bóveda celestial. En la mayoría de los casos, años enteros tendrían que pasar antes de revelarse á nuestros sentidos la extinción de alguno de estos bellísimos orbes.

XX.

### Comentarios

En un telegrama de Nueva York se dice, que la opinión sensata parece alarmada por la facilidad con que M. Sherman cambia de opiniones, lo cual puede traer funestas consecuencias para el país en cuanto dicho hombre público se encargue de la secretaría de Negocios extranjeros.

No tienen porque alarmarse esas personas sensatas de los Estados-Unidos de que nos hablan los telegramas.

El cambio experimentado en las opiniones de M. Sherman en lo que se refieren á la cuestión cubana, debe ser debido á que se vé demasiado cerca de la secretaría de Negocios extranjeros y teme comprometerse para lo porvenir.

Por eso trata de recoger velas y cambiar de postura.

Que no es lo mismo sentarse en un sillón diplomático que en un simple escaño.

En los Estados Unidos, al igual que en todas las naciones, los políticos no suelen cumplir en el poder lo prometido fuera de él.

Una cosa es predicar y otra dar trigo. Este seguramente es el misterio Sherman.

Leemos:

De sueños de oro calificaba un ingenioso diputado en el Salón de Conferencias las alegrías de los comités liberales de la Corte por las palabras de esperanza que les regala su jefe cuando le visitan.

El mismo político decía, que las idas y venidas de